

LJERKO SPILLER



Ljerko Spiller (1908-2008)

- Violinista
- Profesor de música
- Director de orquesta
- Formador de muchas generaciones de excelentes músicos.
- Ganador del Premio Konex de Brillante en 1989 como personalidad más importante de la historia de la música clásica argentina.
- Declarado Ciudadano ilustre de la Ciudad de Buenos Aires en 2001.

CUANDO LEÍ LOGOSOFÍA, CREÍ PRIMERO QUE SERÍA UNA COSA DE LA INDIA O DEL ORIENTE, PERO NO IMAGINÉ QUE ERA ALGO DE UN ARGENTINO.

FRAGMENTO DE ENTREVISTA HISTÓRICA REALIZADA A LJERKO SPILLER DONDE SE REFIERE A SU MAESTRO DE SABIDURÍA CARLOS BERNARDO GONZÁLEZ PECOTCHE

Antes de venir para Argentina, usted ya llevaba realizando una carrera profesional exitosa en Europa. ¿Qué fue lo que lo hizo venir al país?

Fue a fines del año 1935, cuando yo tenía 27 años. Vine a la Argentina para dar conciertos en una sala que, al momento de bajar del barco, ya no existía más.

El muchacho que me había traído acá, era un argentino que estudió conmigo violín en París y a quien le había dado un poder para firmar contratos para mí. Pero debo admitir que era tan ingenuo él como yo.

¿Y cómo se dio su primer contacto con la Logosofía?

Mi primer contacto con la enseñanza logosófica fue un poco especial. Cuando recién llegué a la Argentina, tuve que vivir en un hotel ubicado en Avenida de Mayo, que por entonces era "la gran avenida". Cuando terminaba de acomodarme en la habitación, encontré sobre una mesita un libro que se llamaba "Axiomas de Logosofía, tomo 1". Entonces lo abrí y vi que eran frases cortas. Como yo no hablaba todavía el castellano, me dije: "Ah, esto me va a venir muy bien para aprender el idioma".

Comencé a traducir con el diccionario palabra por palabra. Cuando leí Logosofía, creí primero que sería una cosa de la India o del Oriente, pero no imaginé que era algo de un argentino. En esa época el Maestro González Pecotche firmaba como Raumsol, es decir, el verdadero nombre no figuraba en el tomo. Pero enseguida ya con las primeras enseñanzas me llamó extraordinariamente la atención, realmente recibí un impacto.

El impacto mayor me lo produjo la afirmación de que el autor no quería que se creyera en sus palabras, sino que él tenía un método por medio del cual cada uno podía llegar a constatar si era cierto o no lo que él decía, por medio de la propia experiencia. Esto me pareció algo notable, porque hasta ese entonces yo tenía vinculación con muchas corrientes de

pensamiento, pero siempre me había topado con la llamada "autoridad" a la que había que creer, a la que había que adelantar demasiada fe. Esto siempre me produjo rechazo. Tenía además una natural defensa para cosas que eran demasiado fantasiosas. Y en esa ocasión era la primera vez que tomaba contacto con algo que parecía ser totalmente diferente.

Empecé a buscar algún contacto que pudiera decirme algo más, y preguntando me enteré de que había una persona que daba informaciones sobre Logosofía. Averigüé su número de teléfono, lo llamé y fijé una cita con él. Como esta persona hablaba algo de francés, era un poco más fácil para mí. Comenzó a explicarme el sentido de la enseñanza logosófica, hacia la cual yo ya había experimentado una verdadera conmoción sensible.

En ese momento la sede en Buenos Aires funcionaba en la calle Pueyrredón. Poco a poco comencé a frecuentar la institución con mucho entusiasmo, en donde fui muy bien recibido, con mucha gentileza, y fui conociendo a otros estudiantes.

¿Cómo fue su primer encuentro con González Pecotche?

En ese entonces el Maestro vivía en la ciudad de Rosario. Un día me avisaron que viajaría a Buenos Aires y que me citaba a determinada hora al Hotel City. Me acuerdo todavía que pasé por un corredor, hasta una puerta abierta en una pieza con mucha luz, y al entrar me encontré con él. Su mirada era muy penetrante, como si en sus ojos tuviera dos laser, a tal punto que al principio me sentí confundido y algo incómodo. Pero fue muy amable, me preguntó varias cosas, cómo me sentía, cuándo había venido.

Poco después, leyendo los diarios de acá, me di cuenta que la situación europea era mucho más seria de lo que parecía en Europa misma. Pero como acá no tenía trabajo, estaba ya con la idea de volver,



cuando un día viene un estudiante de Logosofía diciéndome que tenía un mensaje del Maestro para darme. Me dice, con un poco de incomodidad, que el Maestro me hacía saber que los pensamientos tienden a realizarse. Dijo algunas cosas más, pero el mensaje esencial era ese.

Cuando lo escuché, para mí fue como si me hubiera penetrado un haz de luz. Al discípulo que me lo transmitió le parecía un mensaje insignificante, de ahí su incomodidad, pero no imaginó la reacción que yo iba a tener con esas pocas palabras. Yo las entendí instantáneamente, fue como si me hubiese dicho: "No te vayas a Europa, porque los pensamientos de guerra tienden a realizarse. Quédate acá".

Esto fue tan determinante para mí, que a los pocos días comencé a escribir cartas, renunciando a mis puestos que aún conservaba en Europa: tenía una cátedra en París, era concertino de la orquesta de cámara de Alfred Cortot, era jefe de un cuarteto

y tenía hasta que dar conciertos, porque poco antes de viajar yo había ganado un premio muy importante en un concurso internacional de violín. Pero corté todo. En Europa creyeron que me había vuelto loco, que me había pasado algo, tanto mi familia como la gente en París; creyeron que me había enamorado, cualquier cosa, menos la realidad, a pesar de que yo les escribí avisándoles a todos.

¿Qué ocurrió luego de su decisión de permanecer en Argentina?

Con mucha dificultad conseguí tocar en un concierto para una sociedad que se llamaba "amigos del arte", cuya comisión directiva era gente de la llamada oligarquía argentina de aquel entonces. Lo cierto es que a raíz de este concierto, se dio la situación de que yo pude quedarme, porque conseguí un contrato muy importante en la nueva radio El Mundo, que recién se había inaugurado. Esto naturalmente para mí fue una solución importante y debo decir que mi sueldo era excelente,

EL IMPACTO MAYOR
ME LO PRODUJO
LA AFIRMACIÓN
DE QUE EL AUTOR
NO QUERÍA QUE
SE CREYERA EN
SUS PALABRAS,
SINO QUE ÉL TENÍA
UN MÉTODO
POR MEDIO DEL
CUAL CADA UNO
PODÍA LLEGAR A
CONSTATAR SI ERA
CIERTO O NO LO
QUE ÉL DECÍA.

ERA REALMENTE
INCREÍBLE EL TIEMPO
QUE DEDICABA A SUS
DISCÍPULOS.
Y SIN EMBARGO,
CON TANTA GENTE Y
TANTAS COSAS, UNO
NUNCA TENÍA LA
IMPRESIÓN DE QUE
ESTUVIERA APURADO

notable, de la nada llegué de pronto a tener una plata que no soñé.

Este trabajo me permitió además continuar asistiendo a Logosofía, porque el trabajo no era tan absorbente; si bien era de calidad, me dejaba tiempo libre.

Nos gustaría si podría contarnos algo sobre González Pecotche. ¿Cómo era con usted y con sus discípulos en general?

Tuve varias oportunidades de hablar con el Maestro de cosas hasta triviales, y él siempre aprovechaba todas ellas para enseñar, y para facilitarme la vida, porque yo cometí muchos errores por mi manera de ser, sobre todo muchas veces por tomar por virtudes cosas que no lo eran.

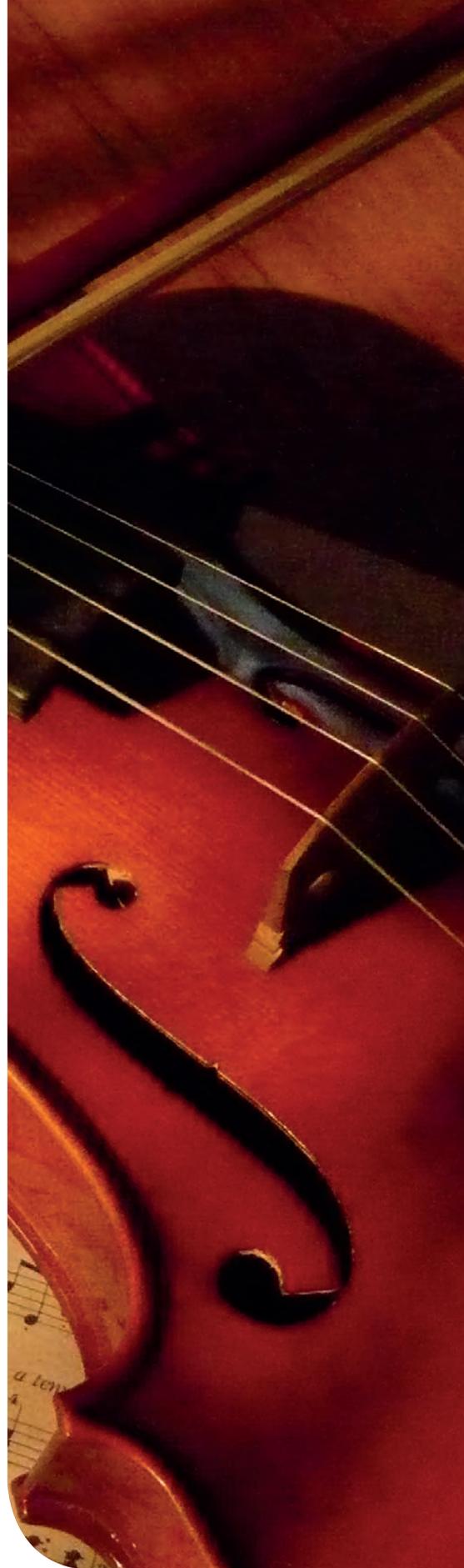
Siempre se interesaba por sus discípulos, y en la misma forma como me preguntaba a mí, qué es lo que yo pensaba de tal o cual cosa, también le preguntaba a otros. Y así también se informaba sobre nuestros estados.

Era realmente increíble el tiempo que dedicaba a sus discípulos. Y sin embargo, con tanta gente y tantas cosas, uno nunca tenía la impresión de que el Maestro estuviera apurado. Yo nunca lo he visto apurado. Nunca. Esto me ha hecho reflexionar muchas veces, cuando estoy apurado y el tiempo me apremia, y él, con todas sus ocupaciones, nunca lo vi apurado.

Me acuerdo cuando nos recibía en su casa, ubicada en aquel entonces en Palermo Chico, no solo a sus discípulos, sino también a amigos y simpatizantes de la obra logosófica. Eran como reuniones un poco sociales. La esposa preparaba sándwiches y el Maestro se ponía a disposición de contestar preguntas. Se le preguntaban muchas cosas de la vida corriente y del mundo, y él contestaba con sabiduría, haciendo pensar al otro.

¿Podría contarnos alguna experiencia en relación a esto último?

Tuve cierta vez una reunión con el Maestro en la que básicamente me enseñó a pensar. Me encontraba con un problema muy serio



que no podía resolver, en el que incluso hasta podía correr riesgo mi vida. Yo me encontraba en Córdoba, en un lugar de veraneo que se llama Salsipuedes. Es un nombre muy interesante para el caso. Enterado el Maestro, me pidió que pase por Rosario antes de volver a Buenos Aires para hablar conmigo acerca de cómo solucionarlo.

Una vez con él, me dijo: "Mire, el problema lo puede resolver en esta forma". Y a mí la solución me parecía fantástica. Pero entonces él me respondió: "Pero si pasa esto, ya no sirve la solución. Entonces sigamos viendo cómo se puede resolver". Esto mismo lo repitió varias veces, él proponiendo, yo aceptando y luego descartando la solución. Mientras tanto el Maestro me decía: "A ver, piense un poco, como se podría...". En cada caso yo creía que pensaba, pero solo repetía sus mismos pensamientos y él se equivocaba a propósito, para obligarme a mí a pensar.

Finalmente yo hice un pequeño esfuerzo, aporté un pequeñísimo porcentaje, y el Maestro hizo el resto. Y realmente la solución, una vez aplicada, fue matemáticamente exacta.

Fue una experiencia increíble e inolvidable para mí. También por la dedicación que el Maestro dedicó a mi problema.

Para terminar, ¿podría contarnos alguna otra enseñanza recibida de forma directa de González Pecotche que haya sido significativa para usted?

Una de mis deficiencias pronunciadas era observar bien claramente los defectos de los demás, y considerar que expresarlos era una virtud, con la excusa de que en realidad uno debía decir la verdad; naturalmente, la que uno creía tener.

Recuerdo cierta vez que viajé a Rosario y el Maestro me recibió. En esa época, la sede de la Fundación estaba al lado de su casa. Él me recibió y me preguntó varias cosas, entre ellas, cómo estaba el rector de la sede de Buenos Aires. Entonces le dije todo lo que no me gustaba, nada de lo que sí me gustaba. El Maestro me escuchó

muy atentamente, y después me dijo: "Pero usted debe comprender que él es nuevo, se está capacitando como rector, aún no lo es en verdad, él tiene que hacerse rector". Me lo dijo en una forma muy gentil, pero a mí me produjo una reacción interna, no por lo que me dijo, sino porque advertí quizás por primera vez con claridad esa deficiencia y que en mi mente había una confusión respecto a eso.

En esa misma oportunidad, yo tenía que dar un concierto en Rosario y después me invitaron a tocar algo también en la sede de la Fundación. Ahí recibí otra enseñanza del Maestro que quizás no comprendí lo suficientemente bien a tiempo como para evitar otras situaciones desagradables.

Cuando le pregunté al Maestro qué le gustaría que tocara, me dijo lo mejor. Entonces toqué algunas cosas de difícil comprensión para la mayor parte del público que estaban ahí. Cuando terminé de tocar, el Maestro me dice: "¿Por qué no toca algunas de esas piezas cortas, agradables, como por ejemplo las de Kreisler o Sarasate, o música española?". Esto me disgustó, porque eran piezas que yo tocaba de bis en los conciertos, no me parecía lo mejor. Sin embargo, tuvo mucho éxito entre todos los presentes. Pasó bastante tiempo hasta que comprendí que ese repertorio era lo mejor para ese público y que mi capacidad de adaptación era muy, muy mala, no sabía adaptarme, y por adaptación yo entendía otra cosa.

Por esa falta de adaptación yo provoqué una cantidad de situaciones incómodas, y hasta llegué a perder mi trabajo porque no quise ceder en la calidad de mi programa, obligándome luego a aceptar trabajos que antes siempre había rechazado.

Hasta en esto me ha ayudado extraordinariamente la Logosofía. Pude comprobar cómo otros colegas que cometieron mis mismos errores, tuvieron una reacción violenta y la mía fue de comprensión. No solamente de comprensión, sino que buscaba hacer mi trabajo con la máxima responsabilidad y dedicación, lo que me permitió capacitarme y aprovechar mejor mi tiempo. ■



¿Cómo puede bastarse a sí mismo, en empresa tan grande y complicada, quien debe, en tanto que la emprende, abrir su mente a infinidad de conocimientos que no posee? ¿Qué seguridad puede tener en sus pasos si carece de los elementos que más importante papel juegan en la vida del hombre que quiere perfeccionarse? Si en todos los aprendizajes se requiere forzosamente la guía del que sabe, ¿por qué se pretende, pues, prescindir de ello en empresa de tanta trascendencia?

(Del libro *DIALOGOS*)